

Antología **Cuentos con princesas**



El ingrediente secreto.

Texto: Pamela Archanco. Imagen: Verónica Hachmann.

Blanca y radiante.

Texto: Claudia Czerlowski. Imagen: Alberto Pez.

Cuento con dragones y princesas.

Texto: Valeria Dávila. Imagen: Carolina Farías.

Sir Heriberto miró hacia atrás.

Texto: Nilda Lacabe. Imagen: Javier Sánchez.

Felipa, la princesa.

Texto: Pamela Archanco. Imagen: María Laura Díaz Domínguez.

Selección: Graciela Pérez Aguilar. © 2007. Permitida la reproducción no comercial, para uso personal y/o fines educativos. Prohibida la reproducción para otros fines sin consentimiento escrito de los autores. Prohibida la venta.

Publicado y distribuido en forma gratuita por Imaginaria y EducaRed:

<http://www.educared.org.ar/imaginaria/biblioteca>

Pamela Archanco
El ingrediente secreto

Ilustrado por Verónica Hachmann



Ronaldo Corazón de Caldo era un famoso caballero.

Famoso por ser valiente y justo.

Famoso por ser bueno y generoso.

Famoso por sus increíbles acciones.

Y famoso por su extraño nombre... ¿"Corazón de Caldo"? ¿Sería porque su corazón hervía apasionado? Nadie podía asegurarlo. Como tampoco nadie sabía de dónde su fuerza provenía. ¿Tendría algo que ver el caldo que todas las mañanas le daba la princesa Violeta, la más bella y dulce de todas las princesas?

Sus enemigos habían intentado descubrir inútilmente qué contenía...

Hubo uno entre todos ellos, el malvado caballero Trifón, que estaba dispuesto a todo con tal de averiguarlo. Un día, tomó prisionera a la hermosa Violeta y la encerró en la torre más alta de su alto castillo.

—Si no preparas el caldo, jamás volverás a ver a Ronaldo —la amenazó despiadado.

—¡Ay de mí! —se lamentó la princesa—. ¿Qué otra cosa puedo hacer sino obedecer?

—¿Qué ingredientes necesitas? —le preguntó Trifón.

—Buen alimento para el cuerpo y el corazón: agua cristalina del arroyo azul, papas y batatas de la tierra negra, zanahorias tiernas, cebollas lloronas, zapallo en calabaza, acelga con olor a verde y apios crujientes —respondió muy segura ella.

—¡Qué asco! —dijo él resignado.

Cada mañana, Violeta preparaba el caldo como siempre lo hacía, pero ningún efecto producía en Trifón cuando él lo bebía.

—¡Me engañas! —gritaba enfurecido—. ¡Acá hay caldo escondido!

Una tarde, Ronaldo se presentó a rescatar a Violeta.

La batalla fue terrible. Lucharon a caballo y con lanzas. A pie y con espadas. Cuerpo a cuerpo y con cucharón. Y no importaba la forma o el arma, Ronaldo era tan buen competidor que siempre resultaba vencedor.

Finalmente, maltrecho por la pelea y aburrido de tomar tanto caldo sin ningún resultado, Trifón, el malvado, emprendió la retirada y la princesa fue liberada.

¿Cuál era el ingrediente secreto que volvía tan especial el caldo para Ronaldo?
El amor que ponía Violeta al prepararlo.

Claudia Czerlowski
Blanca y radiante

Ilustrado por Alberto Pez



Martes 20 de mayo

Querido Diario:

¿Recuerdas que te conté anteayer que ese apuesto cazador del bigote oscuro y los brazos musculosos finalmente se atrevió a hablarme? ¡¿Y que me invitó a pasear con él, eso lo recuerdas?! Bueno, yo pensé que mi madrastra nunca lo consentiría, siendo él más rústico que la estopa y yo la distinguida hija de un rey, con la tez blanca como la nieve, los labios rojos como la sangre y el pelo negro como el ébano.

Pero ayer, cuando le pregunté si objetaría que faltase a mi clase de “Bordado de Refranes Etruscos” para pasear con este buen hombre, mi madrastra no dijo ni “chis”.

“Mh. Qué extraño”, pensé yo en aquel entonces. Pero estaba tan emocionada, que corrí a elegir mis mejores ropas y la dejé a solas con su espejo, secreteando como todas las mañanas si el jabalí se sazona mejor con arándanos o chimichurri.

Texto © 2006 Claudia Czerlowski. Imagen © 2006 Alberto Pez Permitida la reproducción no comercial, para uso personal y/o fines educativos. Prohibida la reproducción para otros fines sin consentimiento escrito de los autores.

Prohibida la venta. Publicado y distribuido en forma gratuita por Imaginaria y EducaRed:

<http://www.educared.org.ar/imaginaria/biblioteca>

Entonces, al terminar la clase de “Aseveraciones, Complacencias y Mohines Dignos de Princesas II”, partí rauda como una liebre a encontrarme con el lozano jinete.

 Mi corazón galopaba a la par de nuestros corceles.

Marchamos a campo traviesa por un buen rato. Los rayos del sol rebotaban en los cabellos claros de su testa varonil. Unas primorosas gotas de intenso sudor perlaban su frente, bozo y tres cuartos de su chambergo, hundiéndose en la tela en caprichosos semicírculos bajo sus axilas. Exudaba, entre otras cosas, una imponente aura heroica.

Nos la estábamos pasando de lo más lindo. Yo le contaba sobre el lote de satín color lavanda que unos mercaderes orientales le obsequiaron a mi padre, el rey, para mi vestido de 15. Él, tímido, balbuceaba deliciosos sonidos guturales cuando, de repente, nos internamos en el bosque prohibido.

 “Uy”, pensé yo en ese momento, “¿me habrá traído aquí para confesarme su amor irrefrenable, lejos de miradas curiosas, oídos indiscretos y civilización alguna?”.

 Mi vientre gorjeaba de los nervios y un ligero atisbo de hambre (llevábamos cinco horas de cabalgata continua, sin detenernos siquiera para otear el paisaje).

 Pero no podía estar más equivocada.

 Tras adentrarse en el follaje, mi pretendiente se detuvo en seco.

 Ofreciéndome su mano velluda, me invitó a descender del zaino. Y allí, en medio de la arboleda sombría, finalmente se confesó.

No me había invitado a pasear porque estaba enamorado de mí. De hecho, se había casado 43 años ha, tenía cinco hijos, catorce nietos, dos chihuahuas y una cotorrita australiana. Mientras decía todo esto, reconocí con pesar que lo que había tomado por frondosa melena clara no era más que unos ralos islotes de cabello cano, cubriendo un cráneo arrugado, ceniciento y salpicado de verrugas verdosas. Pero eso no era todo: mi madrastra le había pedido una semana atrás que me llevara a lo más espeso del bosque y me matara por ser más linda que ella.

 Vaca vanidosa.

Pero el buen hombre no me quería matar. No señor. Con su escopeta cazó un cervatillo y, tras destriparlo, me contó su plan (mientras yo contenía las náuseas ante el macabro espectáculo): Ni bien llegara de regreso al castillo, le mostraría a la reina las vísceras del animal y le diría que ése era mi corazón. (Vale aclarar que el órgano de la pobre bestia triplicaba el mío en tamaño y olía como un demonio). Mi madrastra no notaría la diferencia en absoluto. Seguro que ahora mismo, mientras te escribo estas líneas, la muy presumida se está mirando al espejo preguntándole cómo disimular con afeites y potingues la pelusa que le crece en la barbilla.

Ah. Me olvidaba. Mi parte del plan consiste en ausentarme del reino por un tiempo razonable... 20, 25 años.

Ya hace un buen rato que el cazador partió. En lo que a mí respecta, estoy famélica, atemorizada y furiosa. Como suculento banquete, sólo cuento con un rompecabezas de maicena y dulce de leche que me dejó el cazador (¿a quién se le ocurre guardar un alfajorcito en el bolsillo trasero antes de una cabalgata?). Encima, debo pasar la noche en este tenebroso bosque lleno de alimañas peligrosas y monstruos inimaginables. Y para peor, mi madrastra mandó matarme por ser más linda que ella.

Puerca petulante.

Antes de partir, el cazador me recordó que ni se me ocurra asomar la nariz por el palacio, porque mi madrastra se enojará mucho con ambos: con él por no matarme, conmigo por seguir viva. Creo que el suyo es un consejo acertado.

Qué tragedia, querido diario. Menos mal que te llevo siempre en el morral, ¿qué sería de mí sin ti?

Viernes 23 de mayo

Querido Diario:

Te pido mil disculpas por dejarte en ascuas estos dos días, es que he estado tan ocupada y me han sucedido tantas cosas, que ni tiempo para escribirte tuve.

Después de vagar un día y su noche sin siquiera una brújula, alimentándome de raíces frescas y hongos, llegué a un claro donde se erguía una hermosa cabaña.

Al principio intuí que la misma había sido abandonada, sobre todo por el denso polvo que cubría sus ventanas, impidiendo ver su interior. Sin embargo, al entrar observé una extensa mesa ratona dispuesta para siete comensales en la sala, con graciosas sillitas a su alrededor. Llamé a voces a los inquilinos, pero nadie salió a mi encuentro.

Me adentré con cautela y noté que en el piso superior estaban tendidas en fila siete pequeñas camas, adornadas con almohadones y cobijas a cuadros.

Además, el baño tenía un curioso espejo rectangular, ancho como toda la pared, pero colgado a la altura de mis costillas. Y en un vaso de plástico, siete diminutos cepillos de dientes, uno por cada color del arco iris, se secaban verticales.

Le pregunté al espejo quién habitaba tan acogedora morada, pero éste no respondió.

Agotada de tanto trajinar, decidí echarme una siesta en la cama más cercana a la puerta, para oír a los dueños llegar. Pero se ve que tengo el sueño pesado, porque horas más tarde, al desperezarme, ya no estaba sola... ¡siete pares de ojos me rodeaban amenazadoramente! ¡Pero eso no era todo...! ¡Hacían juego con siete narices, catorce orejas y doscientos veinticuatro dientes!

Lamentablemente, ahora no puedo seguir escribiéndote porque tengo mucho que hacer. Pero, para tu tranquilidad, los dueños de la cabaña parecen amigables y son muy bien parecidos (entre ellos). Luego continúo con nuestras gratificantes conversaciones. Ahora tengo que ir a cocinar para mis bondadosos anfitriones.

Domingo 25 de mayo

Queridísimo Diario:

Soy feliz.

En mi vida sentí tanta dicha como en estos últimos días.

Por primera vez soy libre de decir lo que pienso, sentir como siento y hacer lo que quiero... apenas termino todos mis quehaceres.

Ya nunca más “sí, Señor Rey”, “cómo no, Señora Madrastra” o “desde luego, Señores Reyes de comarcas lejanas a quienes acabo de conocer”.

En menos de una semana me despojé de mis pesados atavíos de princesa distinguida. ¡Adiós privilegios! ¡Hasta la vista obligaciones! ¡Chaucito deberes reales!

Finalmente me deshice de los serviles adulones que trabajan para mi padre. Del séquito de nodrizas, cocineras, amas de llaves, tutores y demás lacayos que alivianaban mi existencia. Llegó la hora de saborear la vida como un ser humano común y silvestre... uno que vive rodeado de enanos parias, sin indicios de sociedad kilómetros a la redonda.

Te explico mejor: quienes habitan la cabaña son los Mineros Corazón de Carbón, un grupo de laboriosos hombrecitos poco privilegiados en lo que a estatura se refiere, pero con cabezas grandes como sandías maduras.

El viernes, tras levantarme de la cama con simpáticos golpecitos en rostro, manos y bajo vientre, me invitaron a explicarles el porqué de mi presencia en su acogedor hogar. Entre el humo de una sopa caliente y un sanguchito de vizcacha y queso, les conté mi trágica historia: sobre la triste enfermedad de mi joven madre siendo apenas yo un bebé... que mi padre el rey enviudó meses más tarde... que mi engréida madrastra me detesta por ser tan hermosa... y bla bla bla. (Con un público tan atento me pareció de mal gusto escatimar en detalles y adorné un poco el cuento, salpicando con plagas funestas y muerte de primigenios aquí y allá).

A la altura de mi relato en que fui maliciosamente engañada y llevada al bosque, con la intención de ser asesinada sólo por mi belleza, los tenía a los siete echando moco por narices y bocas. En ese entonces, entendí aquel gesto como un claro signo de emoción, aunque ninguno expresó palabra alguna de conmiseración o empatía. Seguro la timidez les ganó la lengua a los siete.

Así que, adelantándome a su tácita invitación, y para no pasar por descortés, accedí a quedarme en su humilde casita el tiempo que fuera necesario. Pero, eso sí, les aclaré mis intenciones vehementemente. “No se crean que por ser una princesa bella como una flor, suave como el algodón y delicada como un capullo, abusaré de vuestra gentileza y hospitalidad, mis adorables enanitos”, les dije de corazón. “¡Colaboraré en lo que haga falta para alcanzar una armoniosa convivencia, sí señores!”, aclaré entusiasta. “Sepan que soy muy

ducha en bordados y manualidades con hilo de oro”, anticipé con un dejo de orgullo, presta a aportar una cuotita de mi excelso buen gusto a la casita de los menudos.

Así fue que los siete me dieron las espalditas y, tomándose por los hombros, se encerraron en un círculo compacto, deliberando detalles que, sospecho, me involucraban. Al darse vuelta, nuevamente, mocos por narices y bocas. ¡¡¡De veras que no sé cómo hago para conmovellos tanto!!! Si no fuera que me sé una persona sensible, capaz de tocar el más flemático de los corazones, juraría que los muy bajitos lo hacen de puro cochinos.

Entonces, a los diez minutos me vi rodeada de trapos, lampazos, escobas, plumeros, cucharones y ollas que los pequeñines me arrojaron juguetones, desafiando mis reflejos. Por suerte atajé todo en el aire, pese a que juraría que uno de ellos se afanaba por hacer blanco en mi ojo izquierdo. ¿A que son divinos, no lo crees?

Y así he pasado estos dos últimos días: ganándome su respeto, confianza y cariño a base de trabajo duro y corazón blando. Yo los estimo sobremanera, son como tiernos cachorritos de seres humanos.

Lunes 26 de mayo

I ♥ MIS ENANOS

Queridísimo Diario:

Mi nueva vida de ama de casa me hace sentir dichosa, plena, casi enajenada.

Te confieso algo muy privado: hay seis de ellos que me gustan mucho. Lo malo es que, como cada tanto intercambian sombreros, no logro recordar cuál es el que no. Los serafines me repiten sus nombres cada 45 minutos cuando me refiero a ellos como “Enanito de Jardín N° 4” (cuando le hablo al cuatro, o N° 2, cuando le hablo al dos).

Lástima que no logro interpretar sus graciosos nombres, porque siempre los pronuncian con la boca llena... ¡Ay estos petisos, son tan lindos! Y cómo disfrutan mis agasajos... es admirable lo apetentes que son pese a sus tamaños. Buscaré la manera de diferenciarlos unos de otros. Quizás por el olor... mh... lo pensaré mejor.

Martes 27 de mayo

Querido Diario,

¡He aprendido tanto estos últimos días, que estoy francamente irreconocible!

¡¿Quién hubiera dicho que poseía dones naturales para las tareas del hogar?!

¡Descubrí que tengo talento para ser cocinera, lavandera, planchadora, barren-dera, remendona, jardinera, masajista, barbera, pedicura, afiladora, mecánica y matarife nata! Definitivamente, una no es consciente de sus habilidades hasta que es sometida a prueba por el destino. Adoro mis múltiples facetas, me siento tanto más útil que antes...

Casi no extraño nada de mi antigua vida en el castillo (excepto por algunas menudencias de comodidad, aseo, buenos tratos y pequeños lujillos superfluos).

Mis siete gnomos me hacen sentir tan valiosa y productiva... ¡casi indispensable!

Ay, si los vieras, son tan bonitos... Se disputan mi compañía, mi cariño, mi ración de postre, mis calcetas... Unos me toman de la mano y me llevan hasta la cocina, reclamando otro lechoncito adobado, (tal parece, es mi especialidad). Otros me jalan hasta el dormitorio y me indican que vuelva a tender la cama luego de la siesta, pues aparentemente nadie ajusta las sábanas como yo. Dos más me empujan ansiosamente hasta el baño insistiendo, con esponjas y cepillos, que les enjabone la espalda con mi característica ternura.

Me hacen sentir tan querida... los amo, querido Diario.

Todavía no logré memorizar sus nombres, así que insisto con "Mis enanitos de jardín".

Creo que a ellos no les simpatiza, no sé por qué.

Martes 27 de mayo, más tarde

Hola de nuevo, Diario.

Sigo sin lograr individualizarlos. Intenté con "Do, Re, Mi, Fa, Sol, La, Si" y no funcionó. Sólo uno de ellos se dio vuelta y sospecho que su nombre suena parecido a Lassie, porque giró al final de mi llamado. Sin embargo su mirada denotaba que lo pronuncié mal, porque me agitó su diminuto puño

al aire, sosteniendo un zapallito en él. Hasta que no domine sus nombres, continuaré con “Enanitos de Jardín N°...”, que es un mote tan tierno.

Me voy a dormir a mi catre apenas termine de enjuagar medias, gorros, chalecos y calzones. Luego siguen platos, calderos y sartenes. Se me ha juntado una pila de trastos considerable. Estoy agotada, pero contenta.

Jueves 29 de mayo

Lunes, Martes, Miércoles, Jueves, Viernes, Sábado y Domingo tampoco funcionó.

Siempre confundo Jueves con Sábado.

Ahora todos agitan zapallitos y cebollas cuando los llamo...

¿Querrán que cocine una sopa de verdura, además de las siete tartas de acelga, las quince tiras de asado, las veintidós mazorcas con manteca, las cuatro docenas de empanadas de jamón y queso y los siete flancitos mixtos? Mañana mismo me pongo en campaña.

Domingo 1º de Junio

7 desodorantes

7 postres de chocolate con cereales

7 kilos de queso fresco

7 kilos de mandarinas

7 sachets de leche entera con calcio fortificado ideal para el crecimiento

7 paquetes de salchichas

7 paquetes de pan de pancho

7 pollos

7 paquetes de polenta

1 yogur descremado

(PD: Perdón Querido Diario que te use para tan fútil menester, no hay papel alrededor... entre otras carencias.)

Martes 3 de Junio

Querido Diario,
No estoy segura de estar realmente enamorada de los enanos.
El amor es un sentimiento tan extraño....

Domingo 8 de Junio

Querido Diario,
Quien haya dicho que la felicidad es dulce y corta, se equivocó. De corta no tiene nada, lo sé por experiencia. Vivo rodeada de siete cortos infelices.
No contentos con tenerme de esclava en la cocina, haciendo los mandados, limpiando su casa, almidonando sus uniformes, tendiendo sus camas, planchando sus gorritos (“¡con la punta derecha, no ladeada, princesa consentida!”) ¡¡¡ahora quieren que además les corte las uñas de los pies!!! Eso ya es abuso.

La otra vez me preguntaron por qué tardé tanto haciendo las compras en el mercado del pueblo y ahora me controlan hasta el tiempo que me tomo en cada tarea. Creo incluso que, al irse a trabajar, cierran la puerta desde afuera con llave para que no me escape.

La otra vez, decidí acomodar la vajilla en la alacena alta, por el sólo disfrute de verlos saltar para agarrar un vaso. No funcionó. Ahora beben gaseosa directo de la botella y me hacen tender la mesa a mí sola, sin siquiera ayudar con las servilletas.

¡Quiero a mi mamá! ¡Quiero a mi papá! ¡Hasta quiero a mi madrastra!

Martes 10 de Junio

Querido Diario:

Estoy reconsiderando mis opciones:

Podría huir cuando los siete estén dormidos, quitarme un par de dientes, rasurar mi cabeza y volver a casa como quien no quiere la cosa. Seguro mi madrastra no se opondrá a recibirme en ese estado. O podría mudarme a otro feudo y comenzar una nueva vida. Con tanta experiencia adquirida en esta

“plácida” estaba, apuesto a que podré costearme un cuarto en una pensión, trabajando de sirvienta. O quizás alistarme en la Legión Extranjera... si es por una causa noble, los enanos no podrán reprocharme nada.

Oh. Alguien golpea a la puerta. Le diré que se asome a la ventana, porque la puerta... ya sabes. Regreso en seguida.

He vuelto. Era tan sólo una anciana pordiosera vendiendo frutas. La viejecita me contó una historia tristísima sobre plagas funestas y la muerte de su primigenio, para que la compadezca y le compre una manzana. Pobre. Me apiadé de ella. Encima de indigente y fea, tenía una pelusa creciendo bajo la barbilla bastante familiar. Accedí a su oferta sin inmutarme en lo más mínimo. La verdad es que las manzanas se ven deliciosas.

Le compré siete.

Valeria Dávila
**Cuento con dragones
y princesas**

Ilustrado por Carolina Farías



Cuando Kerpo llegó al mundo, su mamá dragona lo miró con ojos llameantes. Lo vio tan bello que supo que su vigésimo séptimo hijo no sería un dragón más.

Y es que Kerpo era particularmente hermoso, con su cuerpo regordete y rollizo. Su piel escamosa era de un verde brillante y sus dos alas se movían acompasadamente, provocando delicadas brisas o violentas ráfagas.

Si uno lo miraba profundamente a los ojos, podía conocer el color de todos los atardeceres de Siam, la aldea cercana a su hogar. Como todo dragón que se precie de tal, tímidos fueguitos asomaban por debajo de su lengua.

A medida que fue creciendo, su belleza lo tornó famoso. Dragonas de otras comunidades venían a conocerlo, a admirarlo. Y es que Kerpo era ahora todo un dragón adolescente, dueño de una belleza salvaje y capaz de producir llamaradas indómitas.

Texto © 2006 Valeria Dávila. Imagen © 2006 Carolina Farías. Permitida la reproducción no comercial, para uso personal y/o fines educativos. Prohibida la reproducción para otros fines sin consentimiento escrito de los autores.

Prohibida la venta. Publicado y distribuido en forma gratuita por Imaginaria y EducaRed:

<http://www.educared.org.ar/imaginaria/biblioteca>

Sus admiradoras lo acosaban, lo perseguían, lo invitaban a tomar el té en hermosas cazuelitas de porcelana. Le escribían cartas apasionadas, aunque habitualmente su fogosa mirada las quemaba antes de llegar a leerlas.

Pero a Kerpo no le importaban demasiado aquellas dragonas cabecitas huecas y atrevidas. Prefería seguir con su vida simple de dragón, que es una vida muy hogareña y familiar.

Se levantaba cada mañana, se lavaba los dientes con aguarrás y una vez por semana se hacía gárgaras con pólvora, para que su fuego tuviera también algún efecto sonoro.

Después, caminaba por las colinas de Siam, siempre alerta, ya que no eran pocos los cazadores de dragones por aquellas comarcas.

Luego, compartía con su familia un plato de cerezos maduros y entonces, sólo entonces, cuando salían las primeras estrellas, se aventuraba por la aldea.

Una de esas tantas noches, conoció a la princesa Lee-Fú, que en mongol antiguo significa “amante de dragones”. Lee-Fú no sabía el significado de su nombre, ya que la única profesora de mongol antiguo de Siam, se había fugado con un luchador de sumo.

Aquella noche, la princesa se encontraba en sus aposentos reales, con su túnica de seda bordada en hilos de oro, que era la que usaba de entre casa, por si se manchaba con sopa de tortuga. Se había peinado con un alto rodete sujeto con dos palitos.

Silenciosamente, Kerpo se introdujo por una ventana, en el cuarto de Lee-Fú. Observó a la princesa que, de espaldas, se pintaba las uñas de los pies con esmalte de cañas de bambú.

Kerpo sintió que el corazón le ardía. El amor lo consumía, lo incendiaba, lo incineraba.

Cuando Lee-Fú hubo terminado de pintarse sus dedos meñiques, que eran los más difíciles, se incorporó. Fue entonces cuando sus ojos rasgados se encontraron con los del dragón.

Lejos de asustarse, Lee-Fú lo recibió con amabilidad y le ofreció tomar asiento en un taburete de terciopelo. Kerpo no pudo hacerlo, porque su larga cola en punta se lo impedía. La princesa lo convidó entonces con un copón de

jugo de centella asiática. Pero cuando Kerpo se dispuso a beberlo, llamaradas incontenibles salieron de su boca.

En ese momento, la princesa pegó un grito aterrador: el esmalte de cañas de bambú se derretía al calor del fuego. Con el trabajo que le habían dado los dedos chiquitos...

En cuestión de segundos, el fuego se apoderó de las cortinas de finísimos tules, de las alfombras de piel de víbora, de los abanicos multicolores que adornaban las paredes y hasta de la foto del viaje de egresados de Lee-Fú en Pekín, con sus compañeros de curso.

Al ver el incendio, los cortesanos juntaron agua en teteras de plata y corrieron a apagarlo.

Cuentan en Siam que las llamas tardaron horas en extinguirse. El palacio todo quedó convertido en cenizas. Recuerdos de dinastías milenarias eran ahora una montañita gris.

De la princesa no se encontraron rastros.

Pero algunos dicen haberla visto remontar vuelo, sobre una extraña criatura alada, con los ojos del color de todos los atardeceres.

Nilda Lacabe
Sir Heriberto miró
hacia atrás

Ilustrado por Javier Sánchez



Sir Heriberto miró hacia atrás y apuró a Nieve, su caballo negro. El aliento cobre del dragón le asaba la nuca. Y para colmo tenía que escuchar a lady Lala:

—¡Oh, señor! ¡Me salvasteis! ¡Habéis corrido lo peores riesgos por mí! ¡Mi padre, el rey, os recompensará! ¡Abundantemente, os recompensará!

“Al fin y al cabo lo hago por amor a la profesión”, pensó el hombre, “¡Paciencia Heriberto!”.

Miró hacia atrás. Comprobó que lo perseguía un dragón veloz. Apremió de nuevo al potrillo quien de reojo trató de decirle: “No doy más”.

Así fue como ni uno ni otro vieron la laguna que se aproximaba, y así fue también como cayeron los tres.

Caballero y corcel treparon la ribera con la dama gritando desde el agua: —¡Una vez más, gentilhombre! ¡Salvadme una vez más!

Para suerte de Sir Heriberto, la boca de Lady Lala hacía aguas, de ahí que los chillidos no fueran tan agudos. Al fin, se resignó a sacarla. Tules y volados le atrapaban los pies como una hiedra. Entonces, la agarró del cuello como pudo y la llevó hasta la orilla. Allí Nieve mostró su reluciente dentadura y tomó a la dama por la parte trasera del ropaje.

Sir Heriberto salió del agua sin fuerzas. Como la doncella no dejaba de acusar al caballo de “bestia salvaje”, buscó algo en qué pensar. Miró su armadura nueva y frunció el ceño con disgusto: cien lingotes y tenía un talón estropeado. “Ya no se hacen como antes”, reflexionó, y se tiró en el pasto a tomar un poco de sol. La música de fondo seguía: “Un caballero no trata así a una dama. No se tiraría a tomar sol aunque tuviera frío. Las niñas casaderas como yo necesitan unas flores. ¿Nadie me alcanza una flor?”.

Con esa letanía se durmió Sir Heriberto y al rato, despertó. “¡A palacio!”, se dijo. Pero no pudo pararse. Pronto comprendió que agua, lata y sol no son buena compañía: la armadura se había oxidado.

Como una tortuga dada vuelta pidió auxilio. La princesa, sorprendida por una voz que no era la suya miró al hombre enlatado:

—Ayudadme —dijo Heriberto—. ¿No veis que no puedo moverme? Esta armadura se ha oxidado.

La mirada de Lady Lala imploró al caballo. El potrillo por toda respuesta lanzó un relincho carcajeador y se tiró lomo arriba para rascarse.

Detrás de un gran roble, el dragón se divertía espionando. Con semejante espectáculo olvidaba todo: el cansancio de custodiar princesas y las ganas de comerse un choripán. Sin más alternativas, decidió ayudar a los desafortunados.

La muchacha gritó cuando lo vio acercarse. Sir Heriberto apretó los párpados y se tapó las orejas. Cuando abrió los ojos encontró la nariz del dragón frente a la suya. Palpó con disimulo a un costado y notó que la princesa reposaba desmayadamente. Ojeó hacia el otro lado y la mirada sonriente de Nieve bailaba por el hocico.

La situación no podía ser peor, entonces decidió que ya no estaba para esos sustos. Juró y rejuró que apenas venciera al dragón se jubilaría.

El animal adivinó los pensamientos de lanzas y arcos que surcaron la cabeza del gentilhombre.

—¡Ni lo sueñes! —ordenó—. Solamente yo puedo salvarte, no seas desconsiderado.

Antes de que Heriberto se ahogara en su propia sorpresa, continuó:

—Con mi aliento de fuego, muy medido, puedo hacerte aflojar esa hoja-lata. Pero lo haré a cambio de un favor.

Un choque de extremidades selló el pacto.

Pequeñas llamaradas cayeron sobre los pernos oxidados de la armadura. Cada tanto, la delicada misión era interrumpida por alguna expresión del estilo de:

—¡Noble amigo! Controlad vuestra fogosidad. ¡Que debajo de la armadura hay todo un hombre!

Y así, llamada va, reclamo viene, Sir Heriberto fue liberado. El caballero comenzó a caminar escoltado de cerca por su noble potrillo mientras que el nuevo compañero mantenía la distancia para no estropearle la popularidad. La damisela, ya recuperada, se desarmaba en expresiones de alegría:

—¡Al fin! De nuevo hacia el castillo. ¡Qué noble salvador me ha tocado! ¡Enfrentarse al dragón y salir airoso! Lo tenéis tan espantado que nos mira de lej...

En ese momento, la larga cola de Nieve se encargó de acallarla con gran alivio para el resto de la compañía.

Una vez llegados, Sir Heriberto depositó a la dama en brazos de su padre. El rey lloraba y trataba de recompensar al caballero con la mano de la princesa. Pero ni los guardias pudieron detener al héroe. Ya en el bosque Heriberto se acercó al dragón y le dijo:

—Bueno, amigo, ésta fue mi última aventura. Soy un hombre de honor y voy a realizar mi parte.

Seis meses después, la popularidad del parri-pollo “El Dragón ardiente” cubría el reino.

Al lugar asistían personas de las más lejanas comarcas. Y aunque todos querían arrancar a Sir Heriberto, el secreto de semejantes delicias, el caballero no confesaba que las “brasas al dragón” eran legítimas.

Dragón, por su parte, cumplió su deseo: un trabajo lejos de princesas o de caballeros molestos. Además de saborear a gusto su comida favorita: choripán.

El disfrute de los vecinos era total, pero cada tanto se veía interrumpido:

—¡Mozo! ¡Buen mozo! —profería lady Lala desde su mesa —Una patita. ¿Qué mejor que una patita para una prince...?

Y la siempre oportuna cola de Nieve acallaba a la dama con la aprobación de toda la concurrencia.

Pamela Archanco

Felipa, la princesa

Ilustrado por María Laura Díaz Domínguez



Felipa estaba aburrída. La vida de princesa la cansaba. Y aunque se encontraba en situación de realizar todos sus caprichos, nada la conformaba porque era una caprichosa.

Su padre mecía desesperado sus cabellos porque a todo decía que no.

—¿Querés salir a cabalgar por el bosque? —le proponía amoroso.

—No, gracias —le respondía Felipa.

—¿Te gustaría que tuviéramos un baile en el palacio? —le sugería paciente.

—¡Otra vez! —le retrucaba ella.

—¿Organizo un torneo de caballeros? —insistía él.

—Ufa...

Pero con el tema del casamiento, el rey se puso firme con Felipa.

—Hija, debes elegir príncipe para casarte. Algún día compartirás el trono con él y ambos velarán por el destino de nuestro pueblo.

—Debe ser alto pero no mucho, apuesto pero no tanto, audaz pero sensato, paciente, amable, generoso, valiente, justo, solidario, inteligente, hábil en la lucha...

Y la lista de Felipa jamás se agotaba. Por eso, ninguno de los caballeros que se presentó a pedir su mano pudo cumplir con todos los requisitos.

Una tarde cálida de noviembre, cuando paseaba cerca del lago, tropezó con un noble príncipe, mientras éste trataba de ayudar a un animal herido. Felipa quedó inmediatamente deslumbrada. El joven era hermoso, amable, varonil... Y Felipa ya ni recordó su larga lista porque él era perfecto para ella.

—¡Hola! —le dijo con su voz más encantadora—. ¿Puedo ayudarte?

Juntos sacaron al ciervo de la trampa en la que se encontraba y lo llevaron al palacio.

Felipa se encargó personalmente del cuidado del animal. De la tarde a la mañana, Felipa era otra: a todos sonreía, pedía las cosas con amabilidad, agradecía a los que la servían y se mostraba de lo más complaciente con su padre.

—¿Qué tiene la princesa? —preguntaban algunos.

—Se enamoró —respondían otros.

Y así, un día, le anunció al rey:

—Voy a casarme.

Y esa misma noche, en el jardín del palacio, se lo propuso a su enamorado.

—Felipa, no puedo —fue la respuesta—. Mi corazón suspira por otra, aunque sé que jamás podré estar con ella porque soy víctima de un cruel encantamiento.

Entonces Felipa, que no estaba acostumbrada a las negativas, lo besó desafiante.

Y el príncipe se convirtió en sapo.

Felipa lo vio alejarse a los saltos, feliz, en compañía de una sapa que hacía rato los observaba desde el otro extremo del jardín.